

Hispania, LVI/3, núm. 194 (1996)

## EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

---

por

**PRUDENCIO GARCÍA ISASTI**

Universidad Autónoma de Madrid

**RESUMEN:** *El artículo parte de la hipótesis de que un cierto número de intelectuales republicanos de prestigio decidieron quedarse en España durante la Guerra Civil, y continuar sus actividades habituales, considerando que con ello contribuían a combatir lo que denominaban «barbarie fascista». El objetivo principal es realizar una investigación sectorial acerca de la importancia que éstas pudieron revestir, más allá su utilización propagandística durante la guerra, o de su mitificación, subestimación o demonización durante el franquismo. Para ello se escoge un organismo concreto, el Centro de Estudios Históricos, y se describen detalladamente todas sus actividades durante la guerra: su cierre en noviembre de 1936, su reapertura y breve florecimiento al calor del movimiento antifascista, y su lento declinar hasta el fin de la guerra.*

**PALABRAS CLAVE:** **Historia Intelectual Española, Guerra Civil Española, Centro de Estudios Históricos, Antifascismo**

**ABSTRACT:** *The article starts from the hypothesis that some famous republican intellectuals decided to stay in Spain during the Civil War, going on their usual activities, thinking in this way, they helped to fight what they called «fascist barbarity». The main purpose is to put into effect a sectorial research work on the bases of the importance of this kind of activities, trying to avoid the use of propaganda made during the war, myths or underestimations made during the period of Franco's dictatorship. That's why the Historical Studies Centre, a specific institution, has been chosen and all activities during the war are described with full details; the shutdown in november in 1936, the reopening in the course of antifascist movement and the slow decay at the end of the war.*

**KEY WORDS:** **Intellectual History of Spain, Spanish Civil War, Historical Studies Centre, Antifascism**

*Hispania*, LVI/3, núm. 194 (1996) 1071-1096

El día 23 de noviembre de 1936, en un Madrid bombardeado a diario y defendido en medio de encarnizados combates en sus mismos arrabales, se celebraba en los locales del Quinto Regimiento un banquete un tanto atípico. Entre los anfitriones, altos mandos del ejército de la República, tanto españoles como extranjeros de las Brigadas Internacionales (se cita al consejero de guerra Mije, al comandante Carlos Contreras y al comisario Mario Nicoletti); los convidados, por su parte, un pequeño grupo de prestigiosos intelectuales españoles acompañados por sus familias; eran Antonio Machado, Pío del Río Hortega (investigador del cáncer y el científico español de más prestigio en ese momento), Enrique Moles (catedrático, académico y director del Instituto Nacional de Física y Química), Isidro Sánchez Covisa (urólogo, académico), Antonio Madinaveitia (catedrático y jefe de la Sección de Química Orgánica del Instituto de Física y Química), José María Sacristán (psiquiatra), José Moreno Villa (investigador de temas artísticos, poeta y pintor), Miguel Prados Such (psiquiatra) y Arturo Duperier Vallesa (catedrático y presidente de la Sociedad Española de Física y Química). El objeto del acto era celebrar una pequeña ceremonia de despedida a este grupo de personalidades de la cultura antes de ser evacuados hacia Valencia en una expedición organizada por el Quinto Regimiento.

Tras la comida, Antonio Machado fue el encargado de dirigir unas breves palabras a los reunidos y, el en esos momentos secretario de la Junta para Ampliación de Estudios, Tomás Navarro Tomás, también presente aunque no iba a ser evacuado, dirigió un brindis al Quinto Regimiento. Después, los intelectuales firmaban una breve declaración con destino a la opinión pública y partían hacia Valencia. Puede ser importante recordar, con sus mismas palabras, los sentimientos que les guiaban y la finalidad de la evacuación:

«Jamás nosotros, académicos y catedráticos, poetas e investigadores, con títulos de universidades españolas y extranjeras, nos hemos sentido tan profundamente arraigados a la tierra de nuestra patria; jamás nos hemos sentido tan españoles como en el momento en que los madrileños que defienden la libertad de España nos han obligado a salir de Madrid, para que nuestra labor de investigación no se detenga, para librarnos en nuestro trabajo de los bombardeos que sufre la población civil de la capital de España»<sup>1</sup>

En este pequeño acto, en esta breve declaración, e incluso en ese fugaz brindis, podemos hallar concentradas en su germen muchas de las claves y problemas de la historia intelectual española durante el periodo de la Guerra Civil. Repasémoslas brevemente.

En primer lugar, notemos que se trata de un grupo reducido. El hecho de que pocos días después, el primero de diciembre, se produjera una nueva

<sup>1</sup> Todos los datos referidos al banquete, así como esta cita, están tomados de MARRAST, Robert: *Introducción a la ed. facs. de la rev. MADRID: CUADERNOS DE LA CASA DE LA CULTURA* (núms. 1-3, Valencia/Barcelona, febrero 1937-mayo 1938); se editó en 1974 dentro de la colección «Biblioteca del 36». A su vez Marrast cita como fuente: ABC de Madrid, 25 de noviembre de 1936.

expedición a Valencia con otra docena de personalidades, no invalida el hecho de que, en general, en el Madrid de esas fechas, no parece que quedaran muchos intelectuales de prestigio, o al menos (y esto es otra hipótesis complementaria), no estaban dispuestos a ser evacuados por una organización militar, el Quinto Regimiento, que pública y notoriamente controlaban los comunistas. Por otra parte, conviene no perder de vista que los comunistas se habían hecho cargo del Ministerio de Instrucción Pública ya a principios de septiembre del 36.

En segundo lugar, aunque pocos, existía un cierto número de intelectuales de gran prestigio dispuestos a quedarse en España y tomar un compromiso inequívoco en defensa de la República, sin excluir la colaboración con los comunistas e incluso apoyándolos abiertamente. Y es aquí donde, a mi juicio, la anécdota del brindis trasciende a la mera anécdota y cobra un significado simbólico.

En tercer lugar, es evidente que, ya sea por necesidades meramente propagandísticas, o como resultado de procesos sociales más complejos, este grupo de intelectuales fue presentado a la opinión pública española e internacional como los auténticos representantes de la intelectualidad española, que claramente tomaba partido por la defensa de la República, en una lucha que estaba siendo caracterizada como de defensa de la cultura frente a la barbarie y del pueblo frente a la agresión fascista. Es éste el sentido al que apunta la declaración, cuando se señala que los bombardeos sobre la población madrileña son asimismo bombardeos contra la cultura (al impedirles continuar a cada uno con su labor científica, investigadora, etc... los agresores atentan no solo contra el pueblo, sino también contra cualquier actividad cultural) y que para que esta labor no se detenga debido a esa agresión, los madrileños (el pueblo) obligan a los máximos representantes de la cultura (los intelectuales) a salir de la capital. La agresión al pueblo se asimila con la agresión a la cultura en una amalgama inseparable, y como causa de todo ello se señalará a la barbarie fascista; al tomar partido por el pueblo, los intelectuales, de hecho, están tomando partido por la cultura, o lo que es lo mismo, al tomar partido por la cultura, los intelectuales se están situando al lado del pueblo. En la citada declaración, hallamos en su germen un discurso—el discurso antifascista clásico— que será asumido por muchos de los intelectuales que opten por un compromiso abierto con la República.

Por último, señalar que los firmantes afirman partir con objeto de continuar su labor intelectual, y que implícitamente se da a entender que esa labor tiene que ver con la defensa de la República (es evidente que si consideraran su labor como absolutamente ajena a las vicisitudes por las que atravesaba España en ese momento, no participarían en actos públicos de este tipo ni firmarían declaraciones como ésta con destino a la prensa). Es decir, que a pesar de la situación de guerra, un cierto número de intelectuales están dispuestos a continuar desarrollando sus actividades habituales, y que consideran que, de alguna manera, de este modo contribuirán a la defensa de la República.

El objeto del presente artículo consiste en intentar dar una respuesta sectorial a los problemas reseñados dentro del marco general de hipótesis que

acabamos de trazar, o, dicho de otro modo, hacer una contribución a la historia intelectual del periodo. Visto que un cierto número de intelectuales se propusieron continuar las actividades que venían habitualmente realizando hasta la fecha, considerando además que con ello contribuían al triunfo de la causa republicana, me he propuesto como primer paso determinar cuáles fueron estas actividades y qué importancia pudieron revestir. En vista de la amplitud del tema, he optado por limitar mi investigación a un sólo grupo de intelectuales, aquellos que trabajaban en el Centro de Estudios Históricos. Así pues, el estudio se ceñirá exclusivamente a este centro e intentará dar respuesta a esta única pregunta: ¿qué ocurre en el CEH durante la Guerra? Aunque su finalidad es eminentemente descriptiva, no por ello renuncio a intentar situar las vicisitudes del Centro en el marco de un proceso más global, tal como se deduce de las consideraciones realizadas en esta introducción, aunque recalcando siempre la necesidad de diferenciar lo que son datos empíricos de la interpretación global dentro de la que, necesariamente, son expuestos; interpretación para la cual ofrecen apoyaturas, pero no el suficiente número de evidencias como para permitir asumirla sin que nuevas investigaciones sectoriales la convaliden. Los trazos principales de dicha interpretación ya han sido bosquejados, pero algunas de sus consecuencias se irán detallando progresivamente <sup>2</sup>.

## 1. EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS EN VISPERAS DE LA GUERRA

El Centro de Estudios Históricos fue creado por R.D. de 18 de marzo de 1910 con Ramón Menéndez Pidal como presidente y Tomás Navarro Tomás como secretario. El objeto principal de su fundación fue el de contar en España con un centro de investigación de punta en el área de las «letras» o «humanidades». Instalado inicialmente en los bajos de la Biblioteca Nacional, de allí pasó a un hotelito de la calle Almagro y, finalmente, a lo que ha vuelto a ser su actual sede, calle Medinacelli 4. Desde 1933 existía un proyecto para trasladarlo a un nuevo edificio cercano a la Residencia de Estudiantes, pero la Guerra frustró este traslado a la que se suponía que iba a ser su sede definitiva.

Aunque se organizaba en diferentes Secciones independientes, el presidente y figura central indiscutida fue Ramón Menéndez Pidal, que asimismo era el director de la Sección de Filología, la más importante del Centro. Desde su puesto, Pidal consiguió imprimir carácter a todo el conjunto del mismo, reuniendo a su alrededor a un amplio grupo de investigadores de primera línea a los que consiguió transmitir no solo sus orientaciones intelectuales, sino también algunas de sus preocupaciones más profundas y sentidas (su

---

<sup>2</sup> Este artículo se basa en una investigación más extensa que, con el mismo título, fue leída como memoria de licenciatura en el Departamento de Historia Contemporánea de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Autónoma de Madrid en junio de 1992.

acendrada pasión por España) e incluso hasta cierto punto su propio estilo personal de trabajo y de vida <sup>3</sup>. Pero aunque la figura del fundador y presidente sea tan determinante en la historia del Centro, su mayor importancia deriva del hecho de que a pesar de ser ante todo el centro de Menéndez Pidal, no solo era eso, sino que incluía en su nómina a muchos de los más destacados especialistas del país en sus respectivas áreas.

Durante sus casi treinta años de existencia hubo grandes cambios en la infraestructura del Centro, con la aparición y desaparición de numerosas Secciones y Subsecciones; haremos un repaso somero. Tres eran las áreas de trabajo principales, y a cada una correspondía *grosso modo* una Sección. La más importante era la de Filología, en la que se forjó lo que ha venido a llamarse la «escuela española»; en un repaso de urgencia forzosamente incompleto deberíamos citar a Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Solalinde, Amado Alonso, Gili Gaya, Fdez. Montesinos, Agustín Millares, Dámaso Alonso, Rafael Lapesa, Antonio Tovar, García de Diego, Emilio Alarcos, etc... Asimismo, esta Sección era la encargada de editar la importantísima *Revista de Filología Española*. La siguiente Sección en importancia era la Sección de Arte, que a partir de 1914 se desdobló en Arte y una nueva Sección de Arqueología, que eran dirigidas respectivamente por Elías Tormo y Manuel Gómez Morente y editaban conjuntamente la revista *Archivo Español de Arte y Arqueología*; en ellas trabajaron investigadores de la categoría de Francisco Sánchez Cantón, Ricardo de Orueta, José Moreno Villa o Diego Angulo. La otra gran Sección del Centro era la de Derecho; dirigida hasta su muerte en 1919 por Eduardo Hinojosa, desapareció brevemente y volvió a surgir en 1924 de la mano de un discípulo suyo, Claudio Sánchez Albornoz, ahora con el nombre de Instituto de Estudios Medievales; en ella se editaba el *Anuario de Historia del Derecho Español*, y trabajaron investigadores como Ramón Carande, José M.<sup>a</sup> Ots, Galo Sánchez, Alfonso García Gallo o Luis G. de Valdeavellano.

Además de estas tres (cuatro) grandes Secciones, antes de 1931 existieron varias otras de vida más o menos prolongada, pero que no gozaron de continuidad. Se trata de las Secciones de Historia, desaparecida en 1918 por abandono de su cargo de su director, Rafael Altamira, sumido en múltiples ocupaciones; las de Filosofía Árabe e Instituciones Árabes, suprimidas en 1916 por abandono del cargo de sus respectivos directores, Miguel Asín Palacios y Julián Ribera, debido a discrepancias en el funcionamiento de la JAE <sup>4</sup>;

<sup>3</sup> A este respecto en particular he de remitirme al artículo de VARELA, Javier, recogido en el *IX Coloquio de Historia Contemporánea de España: Los orígenes culturales de la II República*, dirigido por TUÑÓN DE LARA, Manuel y editado por GARCÍA DELGADO, José Luis, Madrid, Siglo XXI, 1993.

<sup>4</sup> La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, comúnmente conocida como JAE, era el organismo dentro del cual estaba englobado el Centro; varios de los directores de Sección, tales como los dos citados, Rafael Altamira o el propio Menéndez Pidal, eran asimismo miembros de la JAE, entendiéndose ésta en su sentido estricto, es decir, la junta de personas encargada de regir el organismo dentro del cual se hallaba el CEH.

la de Filosofía Contemporánea, dirigida por Ortega y Gasset, que solo funcionó durante tres años (1913-1916); y la de Estudios Semíticos, dirigida por Abraham S. Yehuda, que solo funcionó entre 1914 y 1917.

Con el advenimiento de la República, el Centro contó con una importante ampliación presupuestaria, que le permitió diversificar sus actividades. Así, se ampliaron las Secciones existentes y se crearon otras nuevas, con sus correspondientes publicaciones. En 1933 se creaba la Sección de Literatura Contemporánea, dirigida por Pedro Salinas, que editaba el *Índice Literario*, y la de Estudios Hispanoamericanos, dirigida por Américo Castro, que editaba la revista *Tierra Firme*. En 1935 se creaba el Instituto de Estudios Clásicos, dirigido por Julián Bonfante, que editaba la revista *Emérita*.

En resumen, en vísperas de la Guerra el CEH estaría constituido básicamente por las cuatro grandes Secciones citadas al principio (Filología, Arte, Arqueología y Estudios Medievales) que en conjunto editaban tres revistas, y las tres Secciones de reciente creación (Literatura Contemporánea, Estudios Hispanoamericanos y Estudios Clásicos), que editaban otras tres revistas. Cada Sección contaba con un cierto número de Subsecciones, variable de unas a otras, pero al no haber llegado a editarse la memoria correspondiente al periodo 1935-36 (la última memoria editada abarcaba el periodo de octubre 1932-septiembre de 1934), así como por las propias características de las memorias editadas, nos es imposible reconstruir organigrama interno de cada Sección en esas fechas.

Respecto a las personas que trabajaban en el Centro, básicamente existían dos categorías. Una era la de becarios, muchas veces estudiantes de doctorado o similares, que asistían a los cursos de doctorado en el propio CEH y realizaban labores concretas bajo la dirección de los grandes maestros al tiempo que se iban formando como investigadores. La otra era la de colaboradores, que por norma general, aunque no siempre, recibían un sueldo a cargo de la JAE por el trabajo que desempeñaban en el Centro. En esta categoría, que podía ser aplicada a personas en situación muy distinta, se incluían los directores de las distintas Secciones, por lo general catedráticos de universidad, y un número nada fácil de determinar de investigadores que combinaban su trabajo en el Centro, por lo general a tiempo parcial, con una gama muy variada de ocupaciones, habitualmente la enseñanza en la universidad o en enseñanzas medias o, muy frecuentemente, la pertenencia al cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (que incluía trabajos muy variados, desde los archivos, a los museos, bibliotecas, etc...). Aunque algunos colaboradores trabajaban exclusivamente en el Centro, ésto no era lo habitual, sino más bien una dedicación a tiempo parcial, o en ciertos proyectos concretos, o meramente en sus publicaciones. Todos los contratos podían ser rescindidos fácilmente, con lo que la plantilla podía ser adaptada a los altibajos presupuestarios o a los cambios de orientación investigadora sin dificultad.

A la hora de hacer una valoración global de lo que representaba el Centro en la vida cultural española, se puede concluir que como centro dedicado en exclusiva a la investigación, que gozaba de un presupuesto razonable y en el que se concentraban los mejores especialistas del área madrileña, no tenía parangón en el país, salvo el Institut d'Estudis Catalans, y se hallaba en con-

diciones de homologarse modesta pero dignamente a otros centros investigadores del extranjero. Mimado por los gobiernos republicanos, con una plantilla consolidada de sólidos y prestigiosos investigadores, con un nivel de coordinación elevado y una orientación intelectual común, fruto todo ello de largos años de experiencia, el Centro vivía una auténtica edad de oro y se hallaba en una fase en la que se habían abordado toda una serie de grandes proyectos colectivos de investigación a largo plazo <sup>5</sup>. La sublevación vino a cortar de raíz el desarrollo de una institución cultural que en vísperas de la Guerra se hallaba en la cúspide de su historia sin que hubiera dado aún lo que se preveía que serían sus mejores frutos.

## 2. EL DESMORONAMIENTO: DE JULIO A NOVIEMBRE DE 1936

El Centro de Estudios Históricos, enclavado en el mismo corazón de Madrid, no podía ser una excepción al clima general desatado por la sublevación del 18 de julio. Aunque nos resulte imposible hacer una cuantificación exacta o un relato detallado de los acontecimientos vividos por sus miembros en los meses inmediatos, acá y allá encontramos muestras de prácticamente todo el abanico de actitudes posibles en esa coyuntura. Citaré un par de casos: uno, el de los, en palabras de María Zambrano, «muchachos de profesión intelectual [que], sintiéndose ante todo hombres, marcharon a combatir al frente de la Sierra o participaron en la toma del Cuartel de la Montaña, nuevo Dos de Mayo» <sup>6</sup>, y nombra seguidamente a Antonio Rodríguez Moñino, becario de la Sección de Estudios Hispanoamericanos, añadiendo que fue uno de los primeros en vestir el famoso «mono azul»; el caso opuesto sería el de Pedro del Río Pérez, becario del Instituto de Estudios Clásicos, «un querido compañero nuestro...estudiante y redactor de esta Revista [*Emérita*], asesinado brutalmente en Santander por la horda marxista-separatista...en un día del otoño de 1936...con otros mártires nacionales» <sup>7</sup>. Se trata de casos extremos, no cabe duda, pero probablemente no aislados.

<sup>5</sup> Sin ánimo de ser exhaustivo, me refiero aquí a proyectos como la magna *Historia de España* o a la *Colección de Documentos Lingüísticos de España*, dirigidas por MENÉNDEZ PIDAL, o el *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, dirigido por NAVARRO, Tomás, que asimismo estaba a punto de publicar su *Documentos Lingüísticos del Alto Aragón* (que hubo de publicar en América veinte años después) o el *Monumenta Hispaniae Historica*, dirigida por SÁNCHEZ ALBORNOZ, por citar solo aquellos que ya estaban iniciados y comenzaban a editarse. Otros, como la *Crestomatía del español medieval* solo verían la luz en 1965 de la mano de Lapesa. Todos ellos fueron interrumpidos por la Guerra, y solo algunos, como la *Historia de España* continuó editándose, aunque con un retraso de diez años. Otros magnos proyectos, como una monumental *Historia de la Lengua* y otra no menos grandiosa *Historia de la Epica*, rondaban ya la mente de Pidal y se hallaban en gran parte escritas, pero solo muchos años después de su muerte verán la luz en sendas ediciones críticas.

<sup>6</sup> ZAMBRANO, María: *Los intelectuales en el drama de España*; escrito en Chile en 1937, reproducido en Madrid: Hispamerca, 1977, pág.48.

<sup>7</sup> Revista *Emérita*, t. VII, semestres 1.º y 2.º, Madrid, 1939 (publicada en 1940). La cita está extraída de la dedicatoria de ese número, el primero editado tras el fin de la Guerra.

No contamos con los datos necesarios para hacer un balance general de las actividades de los miembros del CEH durante estos primeros meses de guerra, pero el destino de algunas de sus personalidades más significativas (en especial, los jefes de Sección) nos ayudará a trazar un bosquejo aproximado.

El director del Instituto de Estudios Medievales (recordemos que, pese a que su nombre pueda inducir a confusión, se trataba de una Sección del CEH) Claudio Sánchez Albornoz, se hallaba en ese momento en Lisboa, donde ejercía el cargo de embajador, y nada más producirse la sublevación se quedó prácticamente solo en la embajada representando la legalidad republicana ante un gobierno manifiestamente hostil. Así permaneció hasta octubre, mes en el que la ruptura de relaciones diplomáticas le obligó a embarcar hacia Francia. Una vez allí, excepto un breve viaje meses más tarde, no volvió a pisar tierra española hasta que pasaron varias décadas <sup>8</sup>.

Pedro Salinas, director de la Sección de Literatura Contemporánea, debido a su condición de Secretario de la Universidad de Verano, se hallaba en Santander en el momento de producirse la rebelión, y allí permaneció con todo el resto de estudiantes y profesores, hasta que en el mes de agosto pudieron pasar a Francia tras diversas peripecias <sup>9</sup>. Un periplo similar, pero desde San Sebastián, fue el de Américo Castro, director de la Sección de Estudios Hispánicos. Ninguno de los dos se reincorporaría a sus puestos en el Centro.

El director de la Sección de Arte, Elías Tormo Monzó, antiguo ministro de la «Dictablanda», se hallaba en el extranjero al inicio de la sublevación <sup>10</sup> y no se reincorporó a su cargo hasta finalizada la Guerra.

Permanecieron en Madrid, trabajando casi sin interrupción durante toda la Guerra, el director de la Sección de Arqueología, Manuel Gómez Moreno, y el colaborador de la Sección de Arte y subdirector del Museo del Prado, Francisco Sánchez Cantón. Entre los que se quedaron también, aunque en este caso hasta su evacuación a Valencia, está el director general de Bellas Artes durante el periodo republicano, Ricardo de Orueta, y el poeta y pintor José Moreno Villa; el primero volvió a Madrid en mayo del 37 y el segundo marchó al extranjero en febrero del mismo año, en misión oficial. Ambos eran, además, colaboradores en la Sección de Arte. El director del Instituto de Lenguas Clásicas, el italiano Julián (Giuliano) Bonfante, también permaneció en Madrid hasta que fue evacuado a Valencia en fecha no determinada, y posteriormente marchó a Suiza a finales de 1937.

Pero las dos personalidades clave en el funcionamiento del Centro eran el presidente, Ramón Menéndez Pidal y el secretario, Tomás Navarro Tomás, ambos de la Sección de Filología.

<sup>8</sup> GÓMEZ-SANTOS, M.: *Españoles sin fronteras*, Barcelona, 1983, pág. 35 y ss.

<sup>9</sup> Entrevista grabada a José Antonio Rubio Sacristán en el año 1991: Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid (CDREM).

<sup>10</sup> Informe de Rafael Lapesa al Delegado del Ministerio de Instrucción Pública en Madrid, con fecha de 15 de julio de 1938. Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid (CDREM).

La sublevación sorprendió en Madrid a don Ramón de una manera absolutamente casual, ya que por tratarse de un periodo vacacional su residencia habitual era San Rafael, al otro lado de la Sierra. Su presencia en la capital durante esos meses, como la de otros intelectuales (Ortega, Marañón, etc...) ha motivado en ocasiones una cierta polémica, en la que no es mi intención entrar <sup>11</sup>. Me limitaré a señalar que permaneció en Madrid hasta Navidades, y al menos desde fines de septiembre trabajando en el Centro, como se deduce de sendas cartas enviadas a Sánchez Albornoz por esas fechas <sup>12</sup>. A principios de noviembre el Gobierno marcha a Valencia ordenando la evacuación de funcionarios y el Centro debe ser cerrado. Comienzan los bombardeos, pero Pidal no saldrá de España hasta la semana de Navidad, acompañado del doctor Marañón, para no volver hasta finalizada la Guerra <sup>13</sup>.

Respecto a Navarro Tomás, todo parece indicar que su compromiso con la República desde un primer momento fue abierto y absoluto. Trabajaba en la Junta de Incautación de Bibliotecas <sup>14</sup> y había aceptado el nombramiento de secretario de la Junta para Ampliación de Estudios (el organismo del que dependía el CEH) a fines de agosto. El 23 de octubre era nombrado director de la Biblioteca Nacional, y es de suponer que el anuncio de disolución de todas las Academias y su refundición en el finalmente no materializado Instituto Nacional de Cultura <sup>15</sup> echara nuevas responsabilidades sobre sus hombros. La anécdota del brindis relatada al inicio de este artículo ilustra perfectamente cuál debió ser su actitud hasta ese momento, y en lo sucesivo. Desde los puestos reseñados, y otros varios que fue asumiendo en el curso de la Guerra, desplegó una inmensa actividad, hasta el punto que puede afirmarse sin reparo que fue uno de los principales artífices del esfuerzo cultural de la República durante la Guerra. Además de ser el responsable directo de la reactivación del CEH (y de otros centros dependientes de la JAE), tuvo un papel muy destacado en el área de salvamento del Tesoro Artístico (incluyendo Archivos, Bibliotecas, Museos, monumentos, etc...), labor en la cual contó con la colaboración de numeroso miembros del CEH, amén de viajar al extranjero en repetidas ocasiones en misión oficial, participar en congresos de intelectuales, etc... En resumen, aunque es improbable que continuara frecuentando el Centro con asiduidad, asumió un amplísimo abanico de responsabilidades al más alto nivel en el área de la cultura.

<sup>11</sup> Aunque tampoco es mi intención obviarla absolutamente; la persona interesada en el tema hallará un relato más detallado de las actividades de Pidal en la tesina que sirve de base a este artículo, págs.28-34.

<sup>12</sup> «Yo vengo todos los días»: carta de 24 de septiembre de 1936, y «Por el Centro se sigue trabajando en las mismas condiciones que como decía a usted en mi anterior, poca gente y pocas horas», carta del 12 de octubre de 1936 (CDREM).

<sup>13</sup> Para un relato más extenso, vide PÉREZ VILLANUEVA, Joaquín: *Ramón Menéndez Pidal: su vida y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

<sup>14</sup> «Navarro está muy ocupado en la Junta de Incautación de Bibliotecas particulares», escribe Menéndez Pidal a Sánchez Albornoz en su carta del 24 de septiembre de 1936 (CDREM).

<sup>15</sup> Gaceta, decreto de 17 de septiembre de 1936.

A modo de balance de estos meses, se puede decir que el Centro, que en julio se hallaba cerrado por vacaciones, reanudó sus actividades en septiembre, aunque en palabras de Pidal, «poca gente y pocas horas». Ignoramos el número de colaboradores que se reincorporaron a sus puestos; de entre los directores de Sección, solamente Menéndez Pidal, Gómez Moreno y Bonfante se hallaban en Madrid, aunque por su significación podemos otorgar un estatus similar a Navarro Tomás y Sánchez Cantón. En noviembre, el Centro debe ser cerrado y sus miembros quedan en un estado de dispersión y desorganización absoluta; algunos son movilizados (es el caso de Lapesa, del que hablaremos inmediatamente); otros, como Pidal, marchan al extranjero; otros son evacuados a Valencia, como ya vimos, y algunos permanecieron en Madrid. Sin embargo, lo importante ahora es reseñar que existió por parte de algunos una voluntad manifiesta de reanudar las actividades lo antes posible, no solo A PESAR de la Guerra, sino incluso COMO PARTE del esfuerzo de Guerra. En lo referente a la CEH, Tomás Navarro Tomás será el encargado de llevar adelante esta tarea; la colaboración que supo o pudo hallar, la dinámica que junto con otros esforzados intelectuales fue capaz de impulsar en estas difíciles circunstancias, será el objeto de nuestro próximo apartado.

### 3. LA RECONSTRUCCION: DE DICIEMBRE DE 1936 A JULIO DE 1937

El 22 de diciembre de 1936, y respondiendo a una orden ministerial aparecida dos días antes en la Gaceta, se reunía por primera vez en Valencia la Comisión Delegada de la Junta para Ampliación de Estudios, organismo creado por el Gobierno y encargado de «normalizar en lo posible las actividades de la Junta y recoger las de los colaboradores de sus Centros y de otros investigadores que se hayan visto obligados a interrumpir sus trabajos y se hallen en situación de continuarlos»<sup>16</sup>. El gran impulso de reconstrucción del estado republicano llegaba al área de lo que, a falta de un término mejor, podemos denominar alta cultura.

Los reunidos en las sesiones iniciales eran el doctor Manuel Márquez Rodríguez, presidente, José Moreno Villa y Victorio Macho, vocales, Navarro Tomás, secretario, y Luis A. Santullano, vicesecretario. Un médico, un pintor, un escultor, un filólogo y un pedagogo. De ellos, solo el doctor Márquez había sido miembro de la JAE antes del inicio de la Guerra<sup>17</sup>. A pesar

<sup>16</sup> Libro de Actas de la Comisión Delegada de la JAE, sesión del 22 de diciembre de 1936 (CDREM).

<sup>17</sup> De los 22 miembros de la JAE antes de la Guerra, solo uno, el doctor Márquez, aparece disponible para emprender la reconstrucción. Del resto, doce habían sido cesados por el Ministerio a finales de agosto y otros cinco no comparecieron a las sesiones de la Junta del 24 y 26 de agosto de 1936; de los cinco que sí comparecieron entonces, Menéndez Pidal, Gregorio Marañón y Teófilo Hernando se hallaban meses después en el extranjero, y el presidente de la JAE, Ignacio Bolívar, aunque en España, contaba con ochenta y seis años, demasiados para embarcarse en una labor de ese tipo. Solo quedaban el doctor Márquez y el recién nombrado secretario, Navarro Tomás. Para más detalles, vide mi tesina, págs. 21-27 y 52-62.

de que la situación no era nada halagüeña, el ambiente era de resolución. Ya desde los primeros días de Guerra, paralelo al movimiento de desmoronamiento e impotencia había existido otro de resistencia y reconstrucción, del que nos da buena cuenta el semanario de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, *El Mono Azul*. La reconstrucción caminará, a partir de ahora y progresivamente, bajo la égida de los organismos gubernamentales, pero el espíritu es en gran medida el mismo. Y para dar cuenta de este sentimiento que impregnará la labor de estos intelectuales al menos en estos primeros meses, nada como recomendar la lectura de los escritos de Antonio Machado en esta época, tal como se pueden hallar en la revista *Hora de España*.

La mención a Antonio Machado no es casual; al poeta le unía una estrecha amistad con Navarro Tomás<sup>18</sup> y todos los citados (excepto el propio Machado) se alojaban en la Casa de la Cultura de Valencia, que era el centro neurálgico de la reconstrucción en el área de la alta cultura, y donde el Gobierno había dado alojamiento a un nutrido grupo de intelectuales republicanos evacuados a Valencia, que se esforzaban en continuar allí su labor. Allí se editaron, además, las revistas *Madrid* y *Hora de España*. Es evidente que un mismo espíritu recorría todos estos esfuerzos. Por si fuera poco, el Patronato de la Casa de la Cultura, presidido por el propio Machado a instancias de Navarro Tomás<sup>19</sup>, estaba compuesto prácticamente por las mismas personas que constituían la Comisión Delegada de la JAE, y es muy significativo que Moreno Villa incluso llegue a confundir ambas en sus memorias<sup>20</sup>. En realidad, Machado, que en ningún momento rehuyó ninguna responsabilidad, se incorporó como vocal a la Comisión Delegada de la JAE el 16 de junio de 1937, si bien por su delicado estado de salud apenas asistió a sus reuniones. Por último, la conexión de todo esto con el CEH se establece desde el momento en que la Casa de la Cultura no solo es el lugar donde se reúne el organismo que emitirá las directrices de su reconstrucción (la Comisión Delegada), sino que varios miembros de esa Comisión son miembros del propio Centro<sup>21</sup>, y en esta misma Casa se alojaron y trabajaron varios miembros del CEH evacuados a Valencia, hasta que en

<sup>18</sup> Tal como atestigua una carta de su hermano José Machado, dirigida desde Collioure en febrero de 1939, donde le narra los últimos días del poeta y le dice «también nosotros le queremos a usted como de la familia». Vide Aurora de Albornoz, Cartas y documentos de Antonio Machado, revista *La Torre*, Puerto Rico, año XII, núm. 45-46, enero-junio de 1964, pág.255.

<sup>19</sup> Carta de Antonio Machado a Navarro Tomás de diciembre de 1936, in Aurora de Albornoz, *op. cit.*, pág.252.

<sup>20</sup> MORENO VILLA, José, *Vida en claro: autobiografía*, México, 1944.

<sup>21</sup> Son Tomás Navarro Tomás, de la Sección de Filología, secretario y *alma mater* de la Comisión, José Moreno Villa, de la Sección de Arte, vocal y pronto enviado en misión oficial de propaganda a Estados Unidos, y José M.<sup>o</sup> Ots, de la Sección de Estudios Medievales, director general de universidades, presidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Valencia y vocal de la Comisión desde el 9 de agosto de 1937, encargado además de las labores de inspección y coordinación con el CEH.

agosto de 1937 se procedió a crear un Centro de Estudios Históricos de Valencia independiente de la Casa de la Cultura <sup>22</sup>.

Pero al margen de estas inevitables referencias al contexto, nuestra labor se ceñirá exclusivamente al CEH. El objetivo de la Comisión de normalizar la situación de sus centros, no tardará en encontrar en Madrid una inesperada ayuda. El 6 de enero de 1937, apenas quince días después de la primera reunión de la Comisión, Rafael Lapesa escribe a Navarro Tomás una carta desde Madrid, en la cual le informa sobre la situación del Centro y se ofrece para velar por él y evitar incautaciones y desmanes. Ni que decir cabe que Navarro no solo aceptará encantado esta propuesta, sino que, poco a poco, Lapesa se irá transformando *de facto* en el encargado de ejecutar en Madrid las directrices que le envía desde Valencia, convirtiéndose así en el nuevo director del Centro de Madrid, aunque por su parte Lapesa no desperdiciará ocasión de insistir en su carácter de director *accidental*.

El hombre clave de la reconstrucción del Centro de Madrid, Rafael Lapesa <sup>23</sup>, era colaborador del Centro desde 1927 en la Sección de Filología, bajo la dirección personal de don Ramón Menéndez Pidal, con el que mantendrá relación de discípulo y amigo hasta la muerte del maestro en 1969. Movilizado en noviembre de 1936 junto con el personal del Ministerio de Instrucción Pública (compatibilizaba su trabajo en el Centro con el puesto de catedrático de enseñanzas medias), diariamente acudió a hacer instrucción hasta que, declarado inútil para el servicio activo, fue integrado en un batallón de reserva donde se limitaba a ver pasar las horas en medio de una desesperación creciente. El Centro permanecía absolutamente abandonado, con el consiguiente peligro de sufrir un incendio a causa de los bombardeos, ser incautados para fines políticos, militares, sanitarios, o para albergar refugiados, todo lo cual, en suma, podía dañar los preciosos fondos documentales acumulados como fruto de largos años de trabajo. Preocupado ante tal eventualidad, desde mediados de diciembre, junto con otras personas, organiza un servicio de vigilancia del Centro. Pero al ser disuelta su compañía, Lapesa teme ser trasladado fuera de Madrid y que el Centro quede abandonado de nuevo <sup>24</sup>, por lo que decide escribir a Navarro Tomás, con el fin de que, al asignarle un cometido oficial en Madrid, no sea

---

<sup>22</sup> No hay que confundir este Centro, desgajado del madrileño y del que nos ocuparemos en este artículo, con el Centro de Estudios Históricos del País Valenciano, creado por decreto del 4 de junio de 1937 e integrado en la Universidad de Valencia.

<sup>23</sup> Puede leerse un relato más detallado en la contribución de LAPESA, Rafael al libro colectivo *¡Alza la voz, pregonero!* Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1979. También puede acudir a la grabación de una tertulia realizada con el mismo Lapesa en la Residencia de Estudiantes de Madrid, que se custodia en su mismo archivo. Por último, puede acudir a mi tesina, donde hago referencia detallada a la correspondencia entre Lapesa y Navarro Tomás, que se halla custodiada en el CDREM y en la que se basa gran parte de la misma.

<sup>24</sup> En realidad, el Centro nunca llegó a estar totalmente abandonado, ya que, como informa el propio Lapesa, el administrativo Felipe Sierra dormía en el mismo y el colaborador Castro Escudero hacía una visita casi diaria; pero era evidente que eso no bastaba.

trasladado y pueda seguir ocupándose del Centro, en el que ya se había preocupado de trasladar al sótano el mayor número posible de materiales.

Una vez que cuenta con un puesto oficial en Madrid, lo que le garantiza que no va a ser trasladado, se consagra a intentar sacar adelante las directrices que le envía Navarro desde Valencia. Entre los meses de febrero y julio se concretan en dos puntos: regularizar la situación de la plantilla y reactivar los trabajos del Centro; en ambos casos sus gestiones serán coronadas por el éxito.

El problema más importante era indudablemente el primero; en una situación de guerra, con la consiguiente crisis económica y problemas de suministros e inseguridad general, el contar con una nómina estable es un problema de primera magnitud para cualquiera. También para los colaboradores y becarios del Centro; en palabras de Lapesa, «para muchos el Centro constituye el único medio de vida y, naturalmente, están impacientes»<sup>25</sup>. Desde el primer momento, tanto Navarro como Lapesa dirigen sus mayores esfuerzos a que el mecanismo de cobro de nóminas se reactive lo antes posible, de tal manera que ningún colaborador o becario quede desprovisto de recursos e intentando favorecer a aquellos que se hallaban en una situación más precaria. Para ello, la Comisión Delegada acordó ya el 13 de enero unas bases<sup>26</sup>, a las que tanto Lapesa como Navarro se atuvieron estrictamente. Para el verano, la situación había sido regularizada pero, a partir de este momento, el problema principal se centra en los traslados. A modo de balance, resulta imposible saber el porcentaje de miembros de antes de la Guerra que se reincorporaron a sus puestos en el CEH (carecemos de la relación de la plantilla completa antes de la Guerra), pero aunque la supiéramos, sería un dato de utilidad dudosa desde el momento en que desconocemos las causas de la no incorporación, y estas pueden oscilar en un abanico muy amplio (políticas en muy distintos sentidos, hallarse en territorio franquista en el momento de la sublevación, movilización militar, enfermedad, traslado laboral, problemas

<sup>25</sup> Carta de Lapesa a Navarro de 16 de febrero de 1937 (CDREM).

<sup>26</sup> En concreto, las bases son las siguientes: «1.º Deberán ser abonadas íntegramente las remuneraciones atrasadas y corrientes a todos los directores, colaboradores y ayudantes de los distintos centros dependientes de la Junta de los que conste que se hallan movilizados en sus puestos de lucha ocupándolo [sic] activamente o para trabajos directamente relacionados con la guerra. 2.º Deberán ser abonadas las remuneraciones atrasadas y corrientes a todos los directores, colaboradores y ayudantes de los que conste no perciben ningún otro sueldo o remuneración del Estado, o no cuenten con otros medios para subvenir sus necesidades. 3.º Fuera de los casos previstos en las dos Bases anteriores, las remuneraciones que se abonen deberán responder a trabajos realizados o que se realicen, comprobándose este extremo bajo la responsabilidad del Centro correspondiente y dando de baja en las nóminas a quienes teniendo otros ingresos del Estado, no presten ningún trabajo concreto al servicio de la Junta. 4.º Los directores, colaboradores y ayudantes que no se hallen ocupando puestos en los Centros dependientes de la Junta, deberán ser dados temporalmente de baja en las nóminas si no pueden acreditar haber sido movilizados o autorizados por el Ministerio de Instrucción Pública para una determinada misión, o si este Ministerio no lo certifica.» Libro de Actas de la Comisión Delegada de la JAE, sesión del 13 de enero de 1937 (CDREM).

familiares, etc...). En todo caso, se reincorporó al menos el mínimo necesario para reactivar casi todas las Secciones.

Respecto a la reanudación de las actividades del Centro, el problema es de otra índole. En principio, Lapesa se muestra escéptico, e incluso sugiere poco más o menos limitarse a cubrir el expediente; así se lo comunica a Navarro en carta de 16 de febrero de 1937:

«Quisiera consultarle algo respecto a la actual paralización del trabajo aquí. Desde luego resulta difícil reanudarlo, pero quizá se pudiera proseguir alguna de las tareas empezadas que no requiera sacar de los sótanos mucho material interesante...Así se podría dar trabajo a la gente que ahora cobra sin poder hacer nada»<sup>27</sup>

Probablemente no le faltaba razón. Teniendo en cuenta la nula conexión con la guerra del tipo de actividades que se realizaban en el CEH, tal vez era más lógico mantener en el sótano los preciosos materiales de estudio acumulados durante años, y limitarse a esperar que terminara la Guerra antes de volver a reanudar un trabajo serio. Pero desde Valencia se veían las cosas de otra manera; no solo se pedía la reactivación del Centro, sino que éste volviera a tener un nivel de actividad lo más cercano posible al anterior a la Guerra en un plazo de tiempo muy corto. Este planteamiento se concretaba en dos puntos: elaboración de un programa de actividades para el año 37 y reanudación inmediata de las publicaciones. En ambos casos, al espíritu machadiano de «defensa de la cultura» que se respiraba entre los intelectuales de la Casa de la Cultura se unía por parte del gobierno la perentoria necesidad de dar respuesta a la campaña publicitaria desatada por el bando sublevado, según la cual España vivía sumida en un sangriento caos propiciado por el terror «rojo»; sobre todo a nivel internacional, era imprescindible para el Gobierno de la República demostrar que la paz interior reinaba y las actividades culturales, incluso las más elevadas, seguían su curso normal<sup>28</sup>.

El programa anual de actividades era una práctica común en el Centro. Este año su elaboración dió lugar a innumerables gestiones, pero era testigo del intento de volver a la normalidad. Por otra parte, las necesidades propa-

<sup>27</sup> CDREM.

<sup>28</sup> El empleo propagandístico de las actividades del CEH se encuadraba en un marco más amplio, donde se situaban también, por ejemplo, el Pabellón Español de la Exposición Internacional de París u otras acciones similares. De los muchos ejemplos que se pueden alegar para el caso concreto del CEH, extraigo esta cita de una carta del filólogo y colaborador del Centro, José Fdez. Montesinos, en esos momentos agregado de la embajada española en Washington, a Navarro Tomás: «He recibido los números de *Emérita*, *Revista de Filología [Española]* y *Archivo [Español] de Arte [y Arqueología]* que ha tenido la bondad de remitirme, y no puede imaginarse la emoción que me ha causado su llegada. Aquí, como siempre, estas cosas han producido respeto y estupefacción sin límites, y no creo que nada que pudiera hacerse como propaganda sea tan eficaz como esto» (CDREM).

gandísticas imponían «inflarlo» en lo posible; es por ello que «para compensar la falta de asuntos y de colaboraciones que la ausencia de varios compañeros y la dificultad de las circunstancias impone»<sup>29</sup>, se optó por hacer figurar «no solo las obras de principal representación, sino también los auxiliares menores como artículos de revista y asimismo las labores auxiliares de reunión y clasificación de materiales que tanto tiempo ocupan y son tan necesarios y casi nunca figuran en la redacción de los programas de trabajo»<sup>30</sup>. Aún así, en ningún momento se planteó hacer figurar más que actividades que se estuvieran haciendo o en previsible reanudación.

Pero la auténtica prueba de que el Centro no solo se reabría, sino de que luchaba por volver a la normalidad, era la reanudación de sus publicaciones. Navarro dió instrucciones taxativas: la consigna era publicar lo más posible y repartirlo sin demora<sup>31</sup>.

La labor no fue fácil. En ocasiones, tanto Lapesa como Navarro daban muestras de desesperación ante las dificultades para cumplir su cometido<sup>32</sup>. No era para menos, ya que «desde mediados de abril el cañoneo es tan constante y los obuses caen tan cerca del Centro, que muchos días deja de venir la gente»<sup>33</sup>. Pero el balance a fines de julio era en cierto modo, espectacular, y de cara al futuro, muy esperanzador. En un breve espacio de semanas, Lapesa consiguió reactivar la mayoría de las Secciones del Centro; en ocasiones, como en el caso de las Secciones de Arqueología y Arte, sus directores continuaban en Madrid y rápidamente reunieron un pequeño grupo de colaboradores<sup>34</sup>; en otras, como las de Estudios Clásicos, Hispanoamericanos o Medievales, o incluso la propia Sección de Filología, parte de sus colaboradores se hallaban en Valencia, pero se consiguió establecer una comunicación mínimamente fluida con Madrid, donde permanecían otros. Solamente en la de Literatura Contemporánea no se hizo ningún esfuerzo de reactivación.

El fruto principal de esta reactivación consistió en la reanudación de las publicaciones, principalmente las revistas. Ya en enero, las gestiones de Lapesa habían logrado sacar de la imprenta dos fascículos de dos revistas, depositados en ella antes del cierre de noviembre (se trataba del 3.<sup>a</sup> cuaderno de 1936

<sup>29</sup> Carta de Navarro Tomás a Sánchez Cantón, de 28 de abril de 1937 (CDREM).

<sup>30</sup> *Idem*.

<sup>31</sup> «De este modo la Junta no hace más que interpretar el criterio del Ministerio que antepone a toda consideración el deseo de que las publicaciones se hagan con la mayor actividad posible y se repartan sin ningún retraso» La cita corresponde a una carta de Navarro a Lapesa de 26 de enero de 1938; aunque de un periodo algo posterior, refleja perfectamente el punto de vista del Ministerio también durante el año anterior (CDREM).

<sup>32</sup> Varias citas de este tipo pueden hallarse en mi tesina, pág. 87.

<sup>33</sup> Carta de Lapesa a Navarro del 11 de mayo de 1937 (CDREM).

<sup>34</sup> El director de la Sección de Arqueología era Manuel Gómez Moreno; pese a que el director de la de Arte era Elías Tormo Monzó, que no se reincorporó al CEH durante la Guerra, a efectos prácticos su puesto fue ocupado por Francisco Sánchez Cantón, sin que aparentemente ésto repercutiera en el rendimiento de la Sección.

de la RFE y el núm. 36 del AEAA, último de 1936) y en julio acababan de salir dos nuevos fascículos de estas dos mismas revistas (el 4.º cuaderno de 1936 de la RFE y el núm. 37 del AEAA, primero de 1937), y otro más de *Emérita* (el correspondiente al 2.º semestre de 1936). Asimismo, se preveía que antes de acabar agosto se publicarían nuevos fascículos de la RFE y de *Emérita* (el 1.º cuaderno de 1937 de la RFE y el 1.º semestre de 1937 de *Emérita*) y saldría un nuevo número de *Tierra Firme* (un núm. doble correspondiente al 3.º y 4.º trimestre de 1936). Además, se estaba en gestiones para sacar el tomo del AHDE correspondiente a 1936. Pero la estrella a fines propandísticos la constituía la publicación de la edición crítica del tratado de San Ildefonso, *De Virginitate Beatae Mariae*, realizada en Madrid en marzo de 1937, y cuyo autor, Vicente Blanco, unía a su condición de colaborador del Centro, la de sacerdote. En realidad, este trabajo había sido depositado en la imprenta con anterioridad a noviembre de 1936, pero su publicación en Madrid en tales fechas debió de constituir un auténtico bombazo; tenemos noticias de que Navarro Tomás se encargó personalmente de enviarlo a varias embajadas, en todas las cuales podemos imaginar la reacción: en concreto, en Washington provocó la «estupefacción» en la Biblioteca del Congreso y un editorial en el *Washington Post* <sup>35</sup>.

Llegamos así al mes de agosto. Todavía hace apenas dos semanas se había celebrado en Madrid el II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, que marcó el punto máximo de solidaridad internacional de los intelectuales con la República; se vivían los últimos coletazos de la batalla de Brunete, con la cual, a pesar de su fracaso, la República había dado muestras de solidez indudables. En Valencia, el Ministerio daba órdenes de reestructurar la Comisión Delegada, incluyendo nuevos vocales, entre ellos el colaborador del Centro y director general de Universidades, José M.ª Ots; la consigna era intensificar las labores de los diferentes centros <sup>36</sup>. Y a priori no parecía descabellado: en el CEH acababan de editarse varios fascículos de revista y nuevos números se hallaban a punto de salir. Todo apuntaba a una consolidación. Incluso el administrativo del CEH, Felipe Sierra, escribía a Navarro indicando que se disponía a escribir a los suscriptores extranjeros reclamando el pago de la suscripción de 1936. Y añadía:

«Creo que si esto en el aspecto material es muy importante, en el moral es quizá mayor. Una plaza medio sitiada y bombardeada diariamente por la artillería enemiga que no interrumpe la vida de sus publicaciones científicas y que normaliza las relaciones administrativas con los suscriptores. Esto por lo que se refiere al extranjero, naturalmente» <sup>37</sup>

<sup>35</sup> Correspondencia de Navarro Tomás (CDREM).

<sup>36</sup> Sesión del 9 de agosto de 1937 del Libro de Actas de la Comisión Delegada de la JAE (CDREM).

<sup>37</sup> Carta de Felipe Sierra a Navarro Tomás; el párrafo citado se halla escrito en el reverso de la carta de Lapesa a Navarro del 9 de agosto de 1937 (CDREM).

#### 4. EN POS DE UNA ESTABILIDAD IMPOSIBLE: DE AGOSTO DE 1937 AL FIN DE LA GUERRA

Lo que sucedió fue todo lo contrario de lo previsto: lejos de consolidarse, las actividades decayeron de forma palpable, de un modo paulatino al principio, para irse acentuando progresivamente hasta llegar a alcanzar un estado de cuasi-hibernación, al margen de algunos periodos de recuperación parcial.

La prueba más visible de ello la tenemos en las publicaciones. Los tres fascículos anunciados para agosto, no vieron la luz hasta diciembre, y el tomo previsto del AHDE no llegó nunca a publicarse, aunque todavía a mediados de 1938 no se habían perdido todas las esperanzas de lograrlo. La excepción la constituyó el AEAA, que continuó publicándose sin retraso hasta 1938, fecha en que el corte definitivo del suministro de papel obligó a la suspensión de la publicación del siguiente número, que ya estaba completado y listo. En el apartado de libros, lo único que se consiguió publicar fue una traducción de las *Cartas de Plinio el Joven*, de nuevo realizada por Vicente Blanco. Por último, a fines de 1938 se consiguió publicar un nuevo fascículo de la RFE (2.º cuaderno de 1937), y nada más. Quiero subrayar que hablamos exclusivamente de lo que efectivamente llegó a publicarse; varios trabajos, ya elaborados, no pudieron ser publicados por falta de papel, pero más adelante los detallaremos.

Son varias las causas que explican este declive. Para empezar, existía el problema de las cada vez más difíciles comunicaciones entre Madrid y Valencia. Uno de los secretos de la continuidad del AEAA estriba en que era elaborada y publicada en Madrid, donde residían además, los colaboradores principales (ante todo, Francisco Sánchez Cantón y Manuel Gómez Moreno). En cambio, los colaboradores de otras secciones se repartían entre Madrid y Valencia, lo que dificultaba enormemente el trabajo; este era el caso de la RFE y de *Emérita*. Tanto para *Tierra Firme* como el AHDE el problema principal era la falta de colaboradores o, mejor dicho, la falta de un mínimo de personas cualificadas que pudieran dedicarse por entero a su elaboración y edición.

Teniendo en cuenta este problema, a partir de septiembre de 1937, la Comisión Delegada da muestras de querer proceder a una reorganización del CEH. La idea consiste en trasladar todo el personal posible de Madrid a Valencia y reorganizar allí un Centro donde los colaboradores volvieran a reunirse y trabajar con mayor desahogo; asimismo, se creía que los trabajos de imprenta serían más fáciles de realizar. Al frente de este nuevo CEH se colocaría a Dámaso Alonso, cuya cualificación y experiencia parecían ofrecer garantías de una feliz gestión. Esta iniciativa coincidía con el proyecto de reanudar las clases en la Universidad de Valencia en octubre de ese mismo año.

A estos proyectos de la Comisión, se unía (probablemente habría que decir precedía, aunque es difícil afinar en este punto) la voluntad del Gobierno de fortalecer su administración, primero en Valencia y luego en Barcelona. Ambos impulsos, el del Gobierno y el de la Comisión, se superponen y provocan que en el Centro de Madrid, de septiembre del 37 a enero del 38, se viva

en un ambiente de fuerte confusión, aunque es precisamente en esta etapa cuando se consigue publicar varios fascículos de revista, ya citados.

Haciendo una breve descripción cronológica: el 6 y 23 de septiembre el Ministerio emitía sendas órdenes donde se disponía el traslado a Valencia de todo el personal que no fuera imprescindible en Madrid, lo que, por lo que se refiere al CEH, de momento sólo dió lugar a un intenso intercambio de cartas Madrid-Valencia y largas sesiones de la Comisión para negociar quiénes podían quedarse y quiénes debían marchar. Sin embargo, el traslado del Gobierno a Barcelona el 31 de octubre provoca un fuerte revuelo en el Centro; hay rumores de una orden ministerial que prevee el cierre inmediato del edificio de Medina-celli 4 (sede del CEH) y en el Centro de Madrid casi todos buscan febrilmente conseguir algún tipo de certificado que les permita permanecer en la capital. El cierre no se confirma y las aguas vuelven a su cauce, pero el tira y afloja de los traslados continuará hasta finales de enero del 38. Probablemente debido a las tensiones acumuladas, Lapesa presenta su dimisión en noviembre, pero ésta no es aceptada y debe continuar en el cargo. Como balance de esta reestructuración, podemos decir que el Centro de Madrid queda muy mermado; se producen catorce bajas (tres movilizados, cuatro trasladados y otros siete dados de baja por otras razones) y en el Centro solo quedan diez personas en nómina (incluyendo el conserje y el administrativo) y otras dos que acuden a trabajar sin cobrar, pero prácticamente todas ellas tienen alguna otra ocupación en Madrid, lo cual es precisamente la razón de su permanencia en la capital. El Centro de Madrid reduce su actividad a los mínimos vitales.

Mientras tanto, en Valencia se está procediendo a la organización de un nuevo Centro. En agosto del 37 se incorporaba Dámaso Alonso y el 15 de octubre era nombrado «director accidental» del mismo; un mes más tarde, se incorporaban al Centro ocho nuevos colaboradores, todos ellos altamente cualificados, y teniendo en cuenta que en Valencia residían desde antes de la llegada de Don Dámaso al menos otra media docena de ellos, el nuevo Centro parecía estar a punto para iniciar su despegue. Desgraciadamente, el nuevo Centro de Valencia va a convertirse en una esperanza frustrada. La razón principal, al margen de las dificultades generales debidas a la guerra, es la siguiente: es imposible improvisar un Centro investigador de esa categoría en tres meses; al margen de que pueda reunirse al suficiente número de investigadores de calidad (para diciembre se habían reunido más de una docena de investigadores de primera línea), es necesario disponer de un material básico, sobre todo bibliográfico, que no se improvisa. Ricardo de Orueta lo expresó con una claridad meridiana:

«Vd. sabe, porque me lo ha oído decir a diario, que en Valencia es imposible trabajar en estas cosas [se refiere a un libro de Historia del Arte que estaba escribiendo] que requieren fotografías y libros. UN POETA O UN NOVELISTA ESCRIBEN EN CUALQUIER PARTE, PERO ESTOS ESTUDIOS DE INVESTIGACION, NECESITAN UN MATERIAL QUE...EN EL CENTRO [de Madrid] ES ADMIRABLE Y FUERA DE AQUI NO EXISTE [mayúsculas de P.G.I.]»<sup>38</sup>

<sup>38</sup> Carta de Ricardo de Orueta a Navarro Tomás del 11 de septiembre de 1937 (CDREM).

Dámaso Alonso tendrá ocasión de quejarse amargamente una y otra vez de las carencias a las que debía hacer frente el nuevo Centro. La verdad es que, por no haber, en noviembre aún no había ni mesas de despacho y sillas suficientes; subsanado este problema, Alonso se queja de que los colaboradores apenas pueden hacer nada por que carecen incluso de la bibliografía más básica. A últimos de diciembre se realizó un viaje a Madrid para proveerse de libros, pero no parece que esto incidiera mucho en el rendimiento, ya que a fines de agosto eran devueltos a Madrid. Ya para el 8 de diciembre de 1937 Alonso había presentado su dimisión, que no fue aceptada. El voluntarioso y dinámico Navarro Tomás se esforzó por darle ánimos y contagiarle su optimismo, prometiendo además una próxima visita de unos días en cuanto estuviera libre, pero ante todo anhelaba resultados; es por ello que juntamente con sus mejores muestras de apoyo, en la misma carta, le solicitaba información acerca de «el tema que cada uno [colaborador] trabaja y el tiempo que aproximadamente puede calcularse para cada trabajo, así como los datos necesarios para conocer el destino que los estudios pueden tener, si se trata de artículos o de trabajos extensos»<sup>39</sup>. Terminaba recordándole que la RFE se encontraba muy atrasada y que era necesario hacer un esfuerzo. Es evidente que la Comisión había puesto grandes esperanzas en este nuevo Centro, y que confiaban en que los resultados prácticos, en forma de publicaciones, serían inmediatos. Además, el 15 de diciembre había comenzado la ofensiva republicana sobre Teruel, y por esas fechas asimismo, se publicaban (¡por fin!) nuevos fascículos de revista (los previstos para agosto). Parecía que de nuevo había motivos para el optimismo, pero apenas tres meses después, tanto una (la ofensiva militar) como otro (el CEH de Valencia) se habían convertido en sendas esperanzas frustradas. Otro dato: el curso universitario, iniciado en octubre del 37, debió ser suspendido en abril.

A partir de enero de 1938, un nuevo factor viene a añadirse a los crecientes problemas que atraviesa el Centro en sus dos sedes: el suministro de papel, irregular desde los inicios de la Guerra, se interrumpe de forma absoluta, de tal modo que es prácticamente imposible conseguirlo. Esto, más que ningún otro factor reseñado (aparte del propio curso de la Guerra), es la causa de que el desánimo comience a hacer mella incluso en el propio Navarro Tomás.

Sin embargo, aún hubo tiempo para un postrer intento de recuperación. A mediados de junio de 1938, una visita al CEH del Delegado del Ministerio en Madrid, en la cual manifestó que «encontraba demasiado cerrado y muerto el Centro» e hizo varias propuestas de intensificar su labor, nos indica que los días de modorra habían acabado. A partir de aquí, se genera un importante número de gestiones entre Lapesa y Rubén Landa (sustituto temporal de Navarro, en viaje oficial por el extranjero, y auténtico motor de este último intento), pero los resultados prácticos son escasos. Siguiendo instrucciones del Ministerio, tras un informe previo de Lapesa, la Comisión envía a éste instrucciones de que realice «propuestas concretas de personas, trabajo que han

<sup>39</sup> Carta de Navarro Tomás a Dámaso Alonso del 21 de diciembre de 1937 (CDREM).

de realizar, si han de recibir retribución y cuánto, y si están en Madrid o es preciso pedir autorización para su traslado»<sup>40</sup>. Paralelamente se hacen gestiones para conseguir el traslado de Dámaso Alonso a Madrid. Pero a diferencia de la primavera de 1937, el ambiente general no es ya de entusiasmo, sino de escepticismo.

Empero, algún efecto debieron de tener estas gestiones, ya que a principios de septiembre Lapesa informaba que se hallaba listo y pendiente solo de conseguir papel para su publicación un nuevo fascículo de la RFE (el 2.º cuaderno de 1937) y otro del AEAA (el núm. 40, primero de 1938), así como el libro de Ricardo de Orueta «Historia de la Escultura Española», que era un libro de muy alto nivel académico. Asimismo, se mostraba optimista sobre la posibilidad de seguir publicando estas revistas, siempre y cuando se consiguiera papel, y anunciaba que ya estaba casi reunido el material suficiente para editar un fascículo doble de la RFE (3.º+4.º cuaderno de 1937). De nuevo parecía que se asistía a una revitalización, pero al final, solo un fascículo de la RFE (el 2.º cuaderno de 1937) conseguiría ser publicado durante la Guerra, en noviembre del 38; tanto el núm. 40 de la AEAA como el 3.º+4.º cuaderno de 1937 de la RFE serían editados tras el fin de la ésta, precedidos de la foto del general Franco. El libro de Orueta nunca vió la luz.

Este último intento revitalizador coincidió en el tiempo con la batalla del Ebro y, a mi juicio, no creo que de forma casual. Un Navarro Tomás que ya comenzaba a dar muestras de cansancio, por estas fechas aún tenía arrestos para rechazar una oferta del gobierno mejicano ofreciéndole todo tipo de facilidades para trasladarse con su familia a la Universidad de aquel país (la misma oferta se realizó a más intelectuales por las mismas fechas), y al tiempo que le informaba que estaba escribiendo un artículo para la RFE, escribía a su amigo y colaborador Santullano que «como verá usted, todos queremos seguir más o menos el ejemplo de los soldados del Ebro»<sup>41</sup>. Tal vez ahora con mayor sentimiento que nunca, algunos intelectuales como Navarro seguían pensando que escribir y publicar artículos sobre fonética histórica castellana (o cualquier otro tema de los habituales del Centro) era su manera de contribuir al esfuerzo de guerra.

Pero aunque tras el fin de la batalla ya todo estaba perdido, aún quedó algo de tiempo para quemar los últimos cartuchos. El 20 de octubre de 1938, Dámaso Alonso escribe a Navarro Tomás ofreciéndole, ni más ni menos, la publicación de la edición crítica del *Polifemo* de Góngora, libro realizado en la misma línea de su anterior edición de las *Soledades*, es decir, una edición prácticamente «definitiva», y de evidente impacto en el extranjero. Navarro recibió con entusiasmo la propuesta, que contó con todos los parabienes de la Comisión. Lamentablemente, fue imposible llevarla a cabo; el 24 de diciembre de 1938, Gómez Royo (el último sustituto temporal del infatigable Navarro Tomás, de nuevo en misión oficial en el extranjero) escribía a Dámaso Alonso:

<sup>40</sup> Carta de Ruben Landa a Lapesa de 25 de julio de 1938 (CDREM).

<sup>41</sup> Carta de Navarro Tomás a Luis Álvarez Santullano, del 27 de septiembre de 1938 (CDREM).

«Ni el Sr. Navarro Tomás ni yo tenemos que forzarnos para hacer ver a la Comisión la importancia de los trabajos que VDS. están realizando ahí, y LO UNICO QUE IMPIDE QUE SE PUBLIQUE MAS ES LA FALTA DE PAPEL [mayúsculas de P.G.I.]. Si lo tuviéramos, no habría inconveniente en imprimir cuanto se está haciendo, pues el deseo es precisamente publicar cuanto sea posible»<sup>42</sup>

Llegados a este punto, solo nos queda constatar que incluso en momentos en que las actividades del CEH estaban en franco declive, se producía más de lo que era posible editar, exclusivamente por falta de papel. Además de los dos fascículos de revista citados, varios de los colaboradores del CEH, publicarían pocos años después libros en los que estuvieron trabajando durante la Guerra; es el caso del citado *Polifemo* de Dámaso Alonso, la segunda parte de la traducción de las *Cartas de Plinio el Joven* de Vicente Blanco (que se publicarían inmediatamente después del fin de la Guerra), la *Historia de la Historiografía Española* de Benito Sánchez Alonso, el tomo V de las *Fuentes Literarias para la Historia del Arte Español* de Francisco Sánchez Cantón, el libro *Solo Madrid es Corte* de José Deleito Piñuela o la *Historia de la lengua española de Rafael Lapesa*. Es decir, a un nivel general no resulta descabellado afirmar que a pesar de los inconvenientes, la labor intelectual de varios de los colaboradores del Centro no se vió del todo interrumpida por la Guerra incluso en labores que requieren un esfuerzo tan grande como la gestación de un libro, aunque sus frutos vieran la luz más tarde. No es fácil valorar correctamente este dato, pero conviene dejar constancia de que el corte en la labor intelectual de varios de los miembros del CEH no fue absoluto, ni al principio de la Guerra, ni durante, ni al final de ésta.

Y ya para terminar, conviene dejar constancia, asimismo, de que en octubre de 1938, Lapesa era sustituido en la dirección del CEH de Madrid por el bibliotecario y colaborador Benito Sánchez Alonso. La razón era que desde marzo de ese mismo año, Lapesa estaba en situación de poder ser movilizadado en cualquier momento, por lo cual hubo de ser formalmente sustituido por Sánchez Alonso, aunque no parece que este cambio tuviera ninguna influencia en la marcha del Centro.

## 5. CONCLUSIONES

El impacto inicial de la sublevación provocó que entre los miembros del CEH las posturas adoptadas variaran dentro de prácticamente todo el abanico de actitudes posibles, sin que, con los datos que disponemos, quepa hacer generalizaciones de ningún tipo (no solo me refiero al impacto durante los primeros días de la sublevación, sino que en un periodo de tiempo que *grosso modo* abarca hasta fines del año 36). A pesar de la situación de Guerra y las abundantes ausencias y dificultades, el Centro fue reabierto en septiembre de 1936 (recordemos que julio era periodo vacacional) y mantuvo una cierta actividad,

<sup>42</sup> Carta de Royo Gómez a Dámaso Alonso del 24 de diciembre de 1938 (CDREM).

hasta principios de noviembre de ese mismo año, en que las circunstancias de la guerra impusieron su cierre y la total dispersión y desorganización de sus miembros.

De entre todo el abanico de actitudes que entre los intelectuales españoles relacionados con el CEH se desarrollan a partir de estos meses, las únicas de las que el presente estudio se ocupa es de las de aquellos (no todos, y entre los puestos directivos, más bien minoría que mayoría) que decidieron quedarse en España y reorganizar las actividades del Centro como parte del esfuerzo de guerra. Agrupados desde finales de 1936 en la Casa de la Cultura de Valencia y constituidos en Comisión Delegada de la JAE, iniciaron la reconstrucción sistemática del CEH, con vistas a devolverlo a la normalidad en un plazo de tiempo lo más corto posible <sup>43</sup>.

La persona clave de este proceso, por lo que al CEH atañe (aunque su papel va mucho más allá de la reorganización del CEH) es el colaborador de la Sección de Filología, secretario del CEH desde su fundación y secretario de la JAE desde fines de agosto de 1936, Tomás Navarro Tomás. Él fue asimismo el secretario de la Comisión Delegada de la JAE (constituida el 22 de diciembre de 1936 en Valencia), y su auténtico motor y *alma mater*. Junto con él, por lo que respecta al Centro, hay que citar a José Moreno Villa, colaborador de la Sección de Arte y uno de los primeros vocales de la Comisión, aunque pronto partió a América en misión oficial, y José M.<sup>º</sup> Ots, colaborador del CEH, presidente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas de Valencia y director general de universidades durante la Guerra; vocal de la Comisión Delegada desde agosto de 1937, la responsabilidad formal de la marcha del CEH recayó directamente sobre él a partir de ese momento.

Son varias las causas que explican esta voluntad de relanzar las actividades de un centro investigador tan ajeno a la guerra como el CEH. En primer lugar está el impulso general de reconstrucción del Estado republicano que comienza a notarse desde finales de 1936. Pero ésta es una razón de carácter muy general, que no explica la necesidad, por ejemplo, de continuar editando revistas de estudios filológicos, arqueológicos, artísticos, etc... Esto solo puede explicarse, en primer lugar, por las necesidades propagandísticas de la República, obligada a combatir en el extranjero la imagen de una España en caos y sometida al terror *rojo*: las publicaciones del CEH eran una eficaz arma propagandística. Pero esta explicación, a mi juicio, sigue pecando de insuficiente; si indagamos en el espíritu que prevalecía en la Casa de la Cultura de Valencia durante al menos gran parte de 1937, hallaremos una interpretación de los deberes de los intelectuales con respecto a la situación reinante en España en términos de «defensa de la cultura» (e identificación de ésta con el «servicio a la causa popular»), que ayuda a entender el sentido de muchas de

---

<sup>43</sup> La reorganización del CEH no fue la única actividad de la Comisión ni ésta estaba constituida exclusivamente por miembros del Centro; se trata simplemente de una pieza en un entramado más amplio. En la investigación que sirve de base a este artículo se hallarán análisis más amplios y noticias sobre otras instituciones de carácter similar.

las iniciativas que allí se adoptaron, entre ellas, la reactivación del CEH. La lectura de los textos de Machado de esta época resulta así muy clarificadora. Un Machado que, no lo olvidemos, era presidente del Patronato de la Casa de la Cultura, vocal de la Comisión Delegada de la JAE y amigo íntimo de Navarro Tomás. Es pues la conjunción de varios factores lo que explica el relanzamiento del CEH, no siendo los de índole ideológica los menos importantes.

Pero una vez constituida la Comisión y dispuesta a actuar, necesitaba hallar colaboradores. Un colaborador sumamente eficaz lo encontró Navarro en la persona de Rafael Lapesa. Convertido éste por la fuerza de las circunstancias en director *accidental* del CEH de Madrid, supo desarrollar una brillantísima gestión que condujo a la reorganización en muy poco tiempo de casi todas las Secciones del Centro, y la reanudación de varias de sus publicaciones. Todo ello, amén de reorganizar el sistema de cobro de nóminas a los miembros del CEH, tan importante en unas circunstancias en las que para muchos de ellos el Centro era su única fuente de ingresos. Se llega así al mes de agosto de 1937 en un ambiente de claro optimismo.

Pero la espectacular reactivación se había realizado sobre unas bases muy débiles. En una situación de guerra civil, y con un Centro situado prácticamente en el mismo borde del frente, las dificultades no tardarían en aflorar con fuerza creciente. Primero fueron las cada vez más difíciles comunicaciones entre los colaboradores de Madrid y los que habían sido trasladados a Valencia. Después vinieron las órdenes ministeriales disponiendo el traslado a Valencia y más tarde a Barcelona de todos los funcionarios que no fueran imprescindibles en la capital, y a todo ello se unía la creciente dificultad de hallar papel en Madrid. La Comisión intentó hacer frente a las dificultades disponiendo la creación de un nuevo CEH en Valencia, a cuyo frente se colocaría a Dámaso Alonso, y a donde se trasladaría el grueso de los colaboradores. A partir de noviembre de 1937 (coincidiendo con el inicio de un nuevo curso en la Universidad de Valencia) se puso en marcha este nuevo Centro, pero tres o cuatro meses después era evidente que el fracaso era, si no absoluto, si de una magnitud muy importante. El nuevo Centro nunca cumplió las esperanzas que en él se depositaron, y la razón, al margen de las dificultades de índole general debidas a la guerra, era bien sencilla: no se podía improvisar un centro investigador de esta categoría en un periodo de tiempo tan reducido.

Aún en medio de estas dificultades crecientes, seguían publicándose algunas revistas, e incluso un libro, pero a partir de enero de 1938, el corte absoluto en el suministro de papel imposibilitó que el trabajo que se continuaba realizando pudiera ver la luz.

Tras los diferentes traslados, el Centro de Madrid había quedado muy mermado, y el de Valencia nunca llegó a funcionar del todo. Empero, a mediados de 1938, hubo un postrer intento de reactivación general, coincidiendo con la batalla del Ebro. Aunque se consiguió volver a publicar un fascículo de revista, la falta de papel hacía inviable editar lo que se producía, que si bien era poco, indicaba que se continuó trabajando hasta el final.

Por último, volvamos a la pregunta inicial: ¿qué ocurre en el CEH durante la Guerra? En realidad, el colapso del Centro no se produce el 18 de julio, sino

solamente al inicio de la batalla de Madrid (noviembre del 36). Lo que fundamentalmente ocurre durante la Guerra es que, meses más tarde y al modo del ave Fénix, el Centro resurge de sus cenizas y durante otros dos años prosigue su labor. ¿Cuál es el balance de esta actividad? Observemos que a esta cuestión sólo podemos responder en términos comparativos. Si lo comparamos con el periodo inmediatamente anterior (el republicano), evidentemente, inferior. Pero esta comparación carece absolutamente de fundamento; es en su propio contexto en el que la actividad del Centro debe ser juzgada, un contexto de guerra civil, con un Centro literalmente situado bajo la línea de fuego enemiga, con numerosas ausencias y con grandes problemas de comunicación y suministros; y aún así, trabajando y publicando, sobre todo en una primera etapa, un conjunto de trabajos nada desdeñable. Bajo esta perspectiva solo podemos concluir que el esfuerzo realizado por el Centro durante la Guerra, por lo extraordinario de sus circunstancias y la importancia de los resultados logrados (en relación a las circunstancias, claro está), no solo es importante y meritorio, sino que difícilmente hallará parangón en situaciones similares: es un producto típico de la Guerra Civil Española.

#### BIBLIOGRAFIA

- AA.VV.: *¡Alza la voz, pregonero! Homenaje a Don Ramón Menéndez Pidal*. Madrid, 1979.
- AA.VV.: *Los orígenes culturales de la II República. IX Coloquio de Historia Contemporánea de España (Cuenca)*. Ed. de José Luis García Delgado. Madrid, 1993.
- AA.VV.: *La Guerra Civil Española: 50 años después*. Barcelona, 1985.
- AA.VV.: *Literatura y Guerra Civil: VIII Debates de Crítica Joven*. Almería, 1987.
- AA.VV.: *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza*. San Sebastián, 1940.
- AA.VV.: *La II República: una esperanza frustrada. Actas del Congreso Valencia Capital de la República (Abril 1986)* Valencia, 1987.
- Abellán, J. L. et al.: *El exilio español de 1939*. Madrid, 1976.
- Alix Trueba, J., ed.: *Pabellón Español de la Exposición Internacional de París, 1937*. Madrid, 1987.
- Azaña, M.: *Memorias políticas y de guerra*. Obras Completas, t.IV
- Aznar Soler, M.: *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*. Valencia, 1987.
- Aznar Soler, M.: *Pensamiento y compromiso antifascista de la inteligencia española*. Barcelona, 1978.
- Azurmendi, J.: *Kultura proletarioaz*. Donostia, 1973.
- Azurmendi, J.: *Errealismo sozialistaz*. Donostia, 1976.
- Becarud, J. y López Campillo, E.: *Los intelectuales españoles durante la II República*. Madrid, 1978.
- Carrera, M. et al.: *Europa en crisis*. Madrid, 1991.
- Cacho Viu, V.: *La Institución Libre de Enseñanza: los orígenes*. Madrid: 1962.

- Carr, R.: *La tragedia española: la Guerra Civil en perspectiva*. Madrid, 1986.
- Carr, E. H.: *La Comintern y la Guerra Civil Española*. Madrid, 1986.
- Castillejo, J.: *Guerra de ideas en España*. Madrid, 1976. (1.ª ed. en inglés en 1937)
- Droz, J.: *Histoire de l'antifascisme en Europe 1923-1939*. París, 1985.
- Gamonal Torres, M. A.: *Arte y política en la Guerra Civil Española. El caso republicano*. Granada, 1987.
- Glick; Th. F.: *Einstein y los españoles: ciencia y sociedad en la España de entre-guerras*. Madrid, 1986.
- Gómez Molleda, D.: *Los reformadores de la España contemporánea*. Madrid, 1967.
- Jiménez Landi; A.: *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente* Madrid, 1963.
- Gómez-Santos, M.: *Espanoles sin fronteras*. Barcelona, 1983.
- Laporta, F., Ruiz Miguel, A., Zapatero, V. y Solana; J.: *Los orígenes culturales de la JAE*. No publicado; puede consultarse en la Biblioteca de la Fundación March; también puede consultarse el resumen publicado in ARBOR núm. 493 págs.17-87 y núm. 499-500 págs.9-137.
- León, M. T.: *La Historia tiene la palabra: noticia sobre el salvamento del Tesoro Artístico*. Madrid, 1977. (1.ª ed. Buenos Aires, 1944)
- León, M. T.: *Memoria de la melancolía*. Madrid, 1981.
- López-Morillas, J.: *Racionalismo pragmático: el pensamiento de Francisco Giner de los Rios*. Madrid, 1988.
- Marín Eced; T.: *La renovación pedagógica en España (1907-1936): los pensionados en Pedagogía de la JAE*. Madrid: CSIC, 1990.
- Martínez, G.: *Las proglididades del Ministerio de Instrucción Pública y la Institución Libre de Enseñanza: artículo de palpitante actualidad para la excelente revista España y América*. Madrid, 1915. (folleto)
- Moreno Villa, J.: *Vida en claro: autobiografía*. México, 1944.
- Palacio Bañuelos, L.: *José Castillejo: última etapa de la JAE*. Madrid, 1979.
- Pérez Villanueva, J.: *Ramón Menéndez Pidal: su vida y su tiempo*. Madrid, 1991.
- Pike, D. W.: *Les français et la Guerre d'Espagne*. París, 1975.
- Preston, P., et al.: *Revolución y Guerra en España (1931-1939)* Madrid, 1986.
- Sainz Rodríguez, P.: *Testimonio y recuerdos*. Barcelona, 1978.
- Sánchez Ron, J. M., coord.: *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*. Madrid: CSIC, 1989.
- Schneider, L. M.: *Inteligencia y Guerra Civil en España*. Barcelona, 1978.
- Suñer; E.: *Los intelectuales y la tragedia española*. San Sebastian, 1938.
- Tuñón de Lara, M.: *Historia de España*. t.IX. Barcelona, 1986.
- Zambrano; M.: *Los intelectuales y el drama de España*. Madrid, 1977. (1.ª ed. Chile, 1937)

#### ARCHIVOS CONSULTADOS

Archivo del CSIC.  
 Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes de Madrid (Calle del Pinar, 21)

*Hispania*, LVI/3, núm. 194 (1996) 1071-1096

**REVISTAS CONSULTADAS****A) REVISTAS DEL CEH:**

ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL (1935-1941)  
ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE (1940-1945)  
ARCHIVO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGIA (1940-1945)  
ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGIA (1931-37)  
EMERITA (1933-1943)  
INDICE LITERARIO (1932-1936)  
REVISTA DE FILOLOGIA ESPAÑOLA (1931-1945)  
TIERRA FIRME (1935-1936)

**B) REVISTAS DE LA II REPUBLICA (Se consultó la edición facsimil de la colección «Biblioteca del 36»)**

HORA DE ESPAÑA (22 núms., enero 1937-octubre 1938)  
HORA DE ESPAÑA (XXIII, noviembre 1938)  
MADRID: CUADERNOS DE LA CASA DE LA CULTURA (3 núms., febrero 1937-mayo 1938)  
EL MONO AZUL (46 núms.+Cuadernos de Madrid+núm. 47, agosto 1936-febrero 1939)  
OCTUBRE: ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS (6 núms., febrero 1933-abril 1934)  
NUEVA CULTURA: INFORMACION CRITICA Y ORIENTACION INTELECTUAL (21 núms.+Problemas de Nueva Cultura, enero 1935-octubre 1937)

**C) OTRAS**

LA TORRE  
GACETA DE MADRID  
GACETA DE LA REPUBLICA

**VARIOS**

JUNTA PARA AMPLIACION DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTIFICAS: Memorias de actividades (1907-1935).